

LECCION XIII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO II).

Milagro de la legion Fulminante.—Mártires de Lyon; san Pothin, santa Blandina, etc.—Martirio de san Sinfiriano de Autun.

Mientras que Marco Aurelio perseguía á los cristianos y enviaba á la muerte á sus súbditos mas fieles, los bárbaros formaban una nueva liga, que puso á la Europa á orillas del precipicio. No pudiendo el pueblo pagar nuevos impuestos, el Emperador dispuso la venta de los mas ricos muebles de su palacio, de las joyas, de las estatuas, de los cuadros, de sus vajillas de oro y plata, y hasta de los vestidos y perlas de la Emperatriz. Esta guerra fué mas larga y de un resultado mas dudoso que las anteriores, y lo que vamos á referir sucedió durante la misma, en ocasion que los quades, pueblo de la Germania, atrajeron al ejército romano á un país cerrado por esposos bosques y montañas, del cual era imposible salir: era en lo mas ardoroso del verano; el calor era insoportable, y no habiendo encontrado agua en aquellos lugares, el ejército iba á morir de sed. Dios, que quiere que todas las cosas contribuyan á la gloria de Jesucristo y al mayor aseguramiento de su eterno reinado, permitió este suceso á fin de procurar á su Iglesia un instante de reposo.

Es preciso saber que en el ejército romano habia gran número de soldados cristianos, naturales en su mayor parte de Melitene, ciudad de Armenia ó de las cercanías; todos ellos se hincaron de hinojos y dirigieron á Dios fervientes oraciones, cuando de repente encapotóse el cielo y una abundante lluvia cayó sobre el terreno que los romanos ocupaban; primeramente levantaron la cabeza para recibir el agua en su boca, tanto era lo que la sed les oprimia, y luego llenaron sus cascos, bebiendo abundantemente ellos y sus caballos. Los bárbaros creyeron este momento favorable para atacarles, mas armándose el cielo en favor de los romanos, hizo caer sobre sus

enemigos una lluvia de espantoso granizo, mezclado con rayos, que desbarató por completo sus batallones; este prodigio dió la victoria á los romanos, pues los bárbaros arrojaron sus armas, yendo á buscar un asilo en medio de sus enemigos, para ponerse al abrigo de los rayos que asolaban su campo.

Romanos y bárbaros, todos miraron como milagroso semejante acontecimiento, y las tropas cristianas que habian obtenido del cielo tan señalado favor fueron llamadas la *legion Fulminante*. El Emperador escribió su relacion al Senado, y para perpetuar la memoria del prodigio, fué representado en los bajos relieves de la columna Antonina, erigida en aquel tiempo en Roma, y que subsiste aun. Entonces Marco Aurelio tomando para con los cristianos disposiciones mas favorables, ordenó tratarles con menos rigor, y prohibió perseguirles á causa de su religion.

Sin embargo, apenas habian transcurrido tres años, cuando la persecucion se hizo mas violenta que nunca; esto era en el año 195 de Jesucristo, y la ciudad de Lyon fué su principal teatro. Los detalles de los gloriosos combates sostenidos por nuestros antepasados se encuentran en una admirable carta que los fieles de aquella ciudad escribieron á sus hermanos de Asia. Sus palabras respiran aun el espíritu de los bienaventurados Mártires; su sangre derramada por Jesucristo parece que hierve aun.

«Nuestras palabras, dicen los autores de la carta ¹, no podrán jamás expresar todos los males que el ciego furor de los gentiles les ha inspirado contra los Santos, ni cuanto ha hecho sufrir su crueldad á los bienaventurados Mártires. El enemigo despliega contra nosotros toda su fuerza, y deja ver de antemano lo que debe esperarse de su parte, cuando al fin del mundo le será permitido atacar á la Iglesia. No contentos con arrojarnos de nuestras casas, de los baños y de las plazas públicas, nos prohiben estar en todas partes.

«Sin embargo, la gracia, superior á todas las potencias infernales, ha retirado á los débiles del peligro, y solo ha expuesto á los valientes á los tiros de sus enemigos. Primeramente el pueblo se precipitó contra ellos con ciega impetuosidad, viéndose en un instante heridos, arrastrados por el suelo de las calles, atacados á pe-

¹ Créese que san Ireneo es su principal autor.

«dradas, robados y encarcelados ; pero pasado el primer ímpetu, se procedió mas regularmente. El tribuno y los magistrados de la ciudad mandaron que todos los cristianos compareciesen en la plaza pública, y habiendo sido interrogados delante del pueblo confesaron gloriosamente su fe, despues de lo cual fueron llevados á los calabozos hasta la llegada del gobernador. Llegado éste, fueron conducidos á su presencia, y aquel juez les trató con tanta crueldad, que Epagatho, uno de los hermanos, pidió que se le permitiese decir una palabra en favor de los cristianos. Epagatho era un jóven lleno de amor de Dios y del prójimo, y sus costumbres eran tan puras, que aunque de edad muy poco avanzada, se le comparaba con el santo anciano Zacarías, padre del incomparable Juan Bautista.

«El pueblo, que conocia su mérito, se opuso tumultuosamente á la petición que habia hecho, y el gobernador, tan determinado como interesado en no atenderla, le interrumpió de repente preguntándole si era cristiano ; Epagatho hizo sin titubear declaración de su fe, lo que le valió ser colocado entre los Mártires, dándole el gobernador por burla el título de *abogado de los cristianos*, con lo que hizo sin pensarlo su elogio de una sola palabra.

«Este ejemplo alentó á los demás cristianos, muchos de los cuales, preparados á todo desde mucho tiempo, dijeron estar prontos á morir ; mas tambien los hubo, que no habiéndose ejercitado en la lucha, dieron tristes muestras de debilidad : diez apostataron, y su deplorable caida nos hizo derramar lágrimas. Todos nos habíamos consternados, no porque temiésemos los tormentos ni la muerte, sino porque temíamos que sucumbiese alguno de los nuestros ; por fortuna la pérdida que acabábamos de experimentar quedó con usura reparada por el gran número de generosos mártires que cada dia entraban en las cárceles.

«Los gentiles nos acusaron de toda clase de crímenes, y aun los que hasta entonces habian conservado algun resto de humanidad temblaban de ira, y nos llenaban de maldiciones.»

El principal crimen que los gentiles echaban en cara á los cristianos de Lyon, y en general á todos los cristianos, era el de comer entre sí la carne de un niño. No teniendo sino una idea vaga de la santa Eucaristía, en la que comemos realmente la carne del Salvador, los enemigos de nuestros antepasados les acusaban de una barbarie que causa horror ; sin embargo esta misma acusacion es una

prueba de la perpetua creencia en la presencia real de Jesucristo, Señor nuestro, en la Eucaristía.

«Los que sufrieron mas particularmente los efectos de la barbarie del gobernador, de los soldados y del pueblo, fueron el diácono Sancto, natural de Viena ; Maturo, el cual, aunque neófito, se manifestó lleno de fuerza y de ardor para el combate ; Attale de Pérgamo, el apoyo y floron de nuestra Iglesia, y finalmente una esclava llamada Blandina, cuyo ilustre ejemplo ha demostrado que las personas de mas vil condicion á los ojos del mundo son muchas veces muy estimables delante de Dios por el ardiente amor que le profesan. Blandina era de complexion tan débil que todos temblábamos por ella ; su señora sobre todo, que era tambien del número de los Mártires, temia no tuviese ni la fuerza ni el valor suficiente para confesar su fe ; mas su gran corazon sostuvo tanto y tan bien la debilidad de su cuerpo, que llegó á cansar á los verdugos que la atormentaban desde que amaneció hasta la noche. Cada vez que se le aplicaba un nuevo tormento, recobraba nuevas fuerzas pronunciando el sagrado nombre de Jesucristo y exclamando : «Soy cristiana ; entre nosotros no se cometen crímenes.» Estas palabras embotaban el aguijon del dolor, y le comunicaban una especie de insensibilidad.

«El diácono Sancto sufrió igualmente los mas atroces tormentos con una paciencia mas que humana ; á todas las preguntas que se le hacian, contestaba constantemente : Soy cristiano ; lo que no hacia sino aumentar el furor del gobernador y de sus sicarios. Despues de todos los tormentos que puede imaginar la mas refinada crueldad, le aplicaron planchas de cobre inflamadas en las partes mas sensibles del cuerpo ; pero el Mártir, sostenido por una gracia poderosa, persistió siempre en la profesion de su fe. Durante algunos dias le dejaron en reposo, mas no tardó en verse sujetado á una nueva prueba. Viendo los gentiles que se habia apoderado de su cuerpo una violenta inflamacion y que no podia sufrir que nadie le tocase, pensaron que abriendo otra vez sus llagas lograrían vencerle, ó que al menos espiraria entre sus manos, lo cual sembraria el terror entre sus hermanos. Á pesar de todo, su esperanza quedó frustrada, pues, con indecible admiracion de los espectadores, el cuerpo del Santo recobró de repente sus fuerzas y pudo hacer uso de sus miembros, de modo que por un milagro de

«la gracia de Jesucristo los tormentos destinados para aumentar sus dolores le procuraron una curacion perfecta.

«El demonio creia poder estar seguro de Biblis, una mujer que formaba parte de los diez que tuvieron la desgracia de renegar de su fe, y quiso aumentar sus crímenes y su castigo, impulsándola á calumniar á los cristianos; lisonjeábase de que siendo de un carácter débil y tímido no podria resistir al tormento; mas el dolor produjo en ella un efecto enteramente contrario. Biblis se despertó como de un profundo sueño, y habiendo la angustia de un suplicio pasajero dirigido sus pensamientos hácia los eternos pesares del infierno, exclamó: «¡Oh! cuán malos sois! ¿Cómo podeis acusar á los cristianos de comer la carne de un niño, á ellos á quien ni siquiera es permitido tocar la sangre de los animales?»¹

«No habiendo producido resultado alguno los tormentos que hemos enumerado, inventó el demonio uno de los mas crueles; encerróse á los Mártires en un calabozo infecto y tenebroso, con los pies sujetos en cepos de madera², abiertos hasta el quinto agujero. Este suplicio era tan horroroso, que muchos perdieron en él la vida.

«En esto fué preso el bienaventurado Pothin, obispo de Lyon, anciano venerable de mas de noventa años, y tan débil y achacoso que apenas podía respirar; sin embargo, su ardiente ansia de morir por Jesucristo reanimó sus fuerzas y vigor. Conducido al tribunal en brazos de los soldados, seguíanle los magistrados y el pueblo cubriéndole de injurias, como si hubiese sido el mismo Cristo, hácia el cual sienten tanto horror. El gobernador le preguntó quién era el Dios de los cristianos; y para prevenir las blasfemias que preveía, el santo anciano le contestó: «Si os haceis digno de él, no tardaréis en conocerle.» Mas apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando el pueblo se arrojó sobre él con toda la impetuosidad de animales feroces; los que se hallaban mas cerca de él le ataca-

¹ Los cristianos observaban aun la ley dada sobre esto por los Apóstoles. (Act. xv, 20).

² El cepo, en latin *nervus*, era una máquina de madera, con algunos agujeros de distancia en distancia; sujetos con ella los pies de los Mártires, se les separaban las piernas á veces hasta el cuarto y el quinto: como puede presumirse, este tormento era muy doloroso.

«ron á puñetazos y á puntapiés, sin tener respeto á sus años; los que estaban mas léjos cogian cuanto les venia á la mano y lo lanzaban contra él, hasta que por fin, no teniendo el santo Obispo mas que un soplo de vida, fué sepultado en una estrecha cárcel, donde murió dos dias despues.

«Transcurridos algunos dias, quisose terminar el martirio de nuestros santos Confesores por diferentes géneros de muerte, y la Providencia lo permitió á fin de que pudiesen ofrecer al Padre eterno una corona agradable por estar compuesta de toda clase de flores. «Maturó, Sancto, Blandina y Attale fueron destinados al anfiteatro, y señalóse un dia extraordinario para dar un espectáculo público de la crueldad pagana. Sancto y Maturó sufrieron otra vez todos los tormentos que habian ya experimentado, añadiéndose además los que improvisaba, por decirlo así, un pueblo inhumano, y que los verdugos realizaban inmediatamente. Despues de azotados terriblemente, fueron lanzados á las fieras, las cuales les arrastraron sin darles muerte por todo el circo; hasta que los espectadores pidieron únanimemente que se colocase á los Mártires en una jaula de hierro candente; su carne quemada exhalaba un olor insoportable á no ser para un pueblo que cifraba sus delicias en los tormentos de los demás. De los labios de Sancto no salieron otras palabras que estas: «Soy cristiano;» y habiendo luchado algun tiempo junto con Maturó, fueron ambos degollados: su muerte terminó el espectáculo de aquel dia.

«Despues de ellos condujeron á Blandina, la cual fué atada á un poste para ser devorada por las fieras; la Santa permaneció algun tiempo expuesta á su furor sin que ninguna se le acercase, lo cual obligó á sus verdugos á volverla á la cárcel, reservándola para otro combate. Entonces se vió á una esclava humilde y débil desconcertar la malicia del infierno revistiéndose de Jesucristo, y merecer, por su inalterable firmeza, elevarse á una gloria inmortal.

«En seguida introdujeron á Attale, y como era un hombre notable y distinguido, el pueblo pidió á grandes voces que se le aplicase el tormento. Attale, que gozaba entre nosotros de grande consideracion, entró con magnánimo talante en el campo de batalla, «y le obligaron á dar una vuelta por el circo, llevando escrito con grandes letras en su pecho: *Attale, cristiano*. El pueblo no cesaba de pedir su muerte; mas habiendo sabido el gobernador que era ciudadano romano, mandó volverle á la cárcel en compañía de otros

«mártires, mientras que escribía á Marco Aurelio pidiéndole instrucciones.

«Durante este intervalo de tiempo, los santos Mártires nos daban «el ejemplo de todas las virtudes: no nos cansábamos de admirar «su paciencia, su dulzura, la intrepidez con que hablaban á los «gentiles; á nadie acusaban, pero excusaban á todos; finalmente, «semejantes al primer Mártir de la Iglesia, oraban por sus perseguidores; y sobre todo por los que habian tenido la desgracia de «sucumbir, teniendo nosotros el consuelo de ver á aquellos generosos penitentes confesar á Jesucristo y colocarse voluntariamente «en las filas de los Mártires.

«Transcurrido poco tiempo se recibieron las órdenes de Emperador, disponiendo que fuesen ejecutados sin pérdida de momento «cuantos persistiesen en su confesion, y que se diese libertad á los «que abjurasen el Cristianismo; y el gobernador con motivo de una «fiesta pública que habia atraído mucha gente á la ciudad, quiso «dar al pueblo el espectáculo del suplicio de los Mártires. Para ello «mandó que compareciesen de nuevo ante su tribunal, les examinó otra vez, y viendo que permanecian firmes, condenó á los ciudadanos romanos á ser decapitados, y á los demás á ser lanzados «á las fieras.

«Alejandro, frigio de origen y médico de profesion, se hallaba «presente cuando fueron conducidos delante del gobernador los que «habian sucumbido. Alejandro, varon de espíritu apostólico, vivia «desde muchos años en las Galias, donde habia adquirido una veneracion universal por su amor á Dios y por la libertad con que «predicaba el Evangelio. Hallábase, pues, en el tribunal en aquel «crítico momento, y con la cabeza y con los ojos animaba á sus hermanos á confesar á Jesucristo; su continua agitacion, mayor que «la de una mujer parturienta, no tardó en ser observada, é irritados los gentiles por oír confesar la fe á aquellos mismos que poco «antes la habian renegado, hicieron recaer su ira sobre Alejandro, «exclamando que él era el autor de aquella mudanza. Al oír estas «voces, el magistrado dirigiéndose á Alejandro le preguntó quién «era y qué hacia, á lo que contestó sin rodeos que era cristiano; su «respuesta irritó de tal modo al gobernador, que sin mas informacion le condenó á ser devorado por las fieras; al dia siguiente fué «conducido al circo junto con Attale, y ambos consumaron su sacrificio al filo de la espada.

«Finalmente, al llegar el último dia de los juegos, condujeron al «anfiteatro á Blandina y á un jóven cristiano de quince años, llamado Pontico, los cuales habian debido asistir á la ejecucion de los «Mártires en los dias anteriores. Los gentiles quisieron obligarles á «jurar por los ídolos, y su negativa les inspiró tales transportes de «furor, que agotaron en ellos todos los géneros de tormento. Pontico, alentado por su compañera, recorrió con alegría todos los grados del martirio, y terminó su vida con una gloriosa muerte, de «modo que Blandina quedó sola en la arena, casi cubierta con los «cuerpos de los Mártires y teñida con su gloriosa sangre; como una «madre llena de ternura para con sus hijos, habia exhortado á sus «hermanos á sufrir con resignacion, y les habia enviado delante de «ella al Rey del cielo, y pasando luego por iguales pruebas veia «llegar con placer el momento en que se reuniria con ellos en la gloria. Despues de ser azotada, destrozada por las fieras, y sentada en «una silla ardiente, la envolvieron en una red y soltaron contra ella «una vaca salvaje y furiosa, la cual la tiró al aire y la magulló durante mucho tiempo, y por fin fué degollada. Los mismos gentiles quedaron admirados á la vista de su paciencia y de su valor, «llegando á confesar que jamás habia habido entre ellos mujer que «hubiese sufrido tan extraña y larga série de martirios.»

Durante la persecucion de Marco Aurelio, Lyon contó hasta diez y nueve mil mártires; y á la vista de tanta fe, de tanto fervor y valor de tantos santos Confesores de todas edades y condiciones, ¿qué dirémos de nuestra tibieza y de nuestra indiferencia?

Desde Esmirna, donde hemos asistido al triunfo de san Policarpo, hemos pasado á las Galias; Lyon nos ha detenido mucho tiempo, pues eran muchos los mártires que debia ofrecernos; y esperando que nos manifieste otros, saludemos con una última mirada á esa Roma de las Galias, y pongámonos en camino para una ciudad vecina, en otro tiempo su rival: Autun va á ofrecernos su héroe.

«Sinforiano, descendiente de una familia noble y cristiana, era la admiracion de sus conciudadanos por la extension de sus conocimientos y por sus bellas cualidades, hallándose en la flor de su edad cuando hizo el sacrificio de su vida: su padre llamábase Fausto, ilustre por sus abuelos, pero mas ilustre por sus hijos. Autun, ciudad antiquísima, era contada entre las poblaciones mas supersticiosas de las Galias, y en un dia señalado era paseada por sus calles

y en un carro magnífico la estatua de Cibele, llamada tambien la madre de los dioses y la buena diosa, concurriendo gran multitud de pueblo á aquella sacrilega ceremonia. Sinforiano, que en aquella ocasion no quiso adorar al idolo, fué preso por el populacho y conducido delante de Heraclio, gobernador de la provincia, que se hallaba entonces en la ciudad, con objeto de juzgar á los cristianos.

Heraclio sentóse en su tribunal y dijo á Sinforiano: «¿Cuál es tu nombre y profesion?»

SINFORIANO. «Soy cristiano, y me llamo Sinforiano.»

HERACLIO. «¿Eres cristiano? ¿Sabes que es extraño que hayas logrado evadarte hasta ahora de mi vista? Ya son muy pocos los que en este país profesan semejantes ideas; pero dime, ¿por qué te has negado á adorar á la buena diosa?»

SINFORIANO. «Ya os lo dije; porque soy cristiano, solo adoro al verdadero Dios que está en el cielo, y me hallo tan poco dispuesto á adorar á ese vano simulacro del demonio, que si me dais un martillo, voy ahora mismo á destruir vuestra diosa.»

HERACLIO. «Ése jóven no solamente es sacrilego, sino que reúne la rebelion á la impiedad. ¿Es de esta ciudad?»

Un oficial contestó: «Sí, señor, es de esta ciudad y de una de sus primeras familias.»

HERACLIO á Sinforiano. «¿Acaso es tu rango lo que te inspira tanto orgullo? ¿Ignoras, por ventura, cuáles son las órdenes de nuestros príncipes? Léanse.»

El escribano leyó lo siguiente: «El emperador Marco Aurelio á todos los gobernadores, jueces y magistrados, presidentes y demás oficiales generales de nuestro imperio: Habiendo sabido que ciertos hombres que se llaman cristianos no titubean en violar las santas leyes de la religion, es nuestra voluntad que se proceda contra ellos con todo rigor, y os encargamos que al estar en vuestro poder los castigéis con diferentes suplicios, á menos que quieran sacrificar á nuestros dioses.» Terminada la lectura, empezó de nuevo el interrogatorio.

HERACLIO. «¿Qué dices á esto, Sinforiano? ¿Crees que tengo poder para contravenir á las expresas órdenes del Emperador? No puedes negar que te has hecho culpable de dos crímenes, de sacrilegio hácia los dioses, y de rebelion contra el César; obedece, pues, ó los dioses ultrajados y las leyes violadas piden tu sangre.»

SINFORIANO. «Estas amenazas no son mas que un artificio de que se vale el demonio para engañar á los hombres. Nosotros tenemos un Dios que castiga y que recompensa, y nada tengo que temer mientras le permanezca fiel.»

Viendo Heraclio que no podía reducir al intrépido jóven, mandóle azotar cruelmente por sus lictores¹, y le envió á la cárcel. Dos dias despues Sinforiano compareció de nuevo delante del tribunal.

HERACLIO. «Considera cuánto mas prudente serás en servir á los dioses inmortales; si así lo haces te ofrezco una gratificacion del tesoro público y un puesto honroso en el ejército. Voy á mandar que adornen con flores el altar, y ofrecerás á los dioses el incienso que les es debido.»

SINFORIANO. «Un magistrado, depositario de la autoridad del príncipe, y encargado de los negocios públicos, no debe perder el tiempo en inútiles palabras.»

HERACLIO. «Sacrifica al menos á fin de gozar de los honores que en la corte te esperan.»

SINFORIANO. «Un juez envilece su dignidad cuando se sirve del poder que ésta le da para tender lazos á la inocencia; en una copa de oro me presentais un veneno, mas rehuso todas las gracias que se me ofrecen, á no ser por la adorable mano de Jesucristo, el único que puede conceder una felicidad duradera.»

HERACLIO. «Estás agotando mi paciencia. Sacrifica, ó haré rodar tu cabeza á los piés de la buena diosa.»

SINFORIANO. «Temo al Dios todopoderoso que me ha dado el ser y la vida, y solo á él adoro; mi cuerpo está en vuestro poder, el cual no durará mucho; mas mi alma es independiente de vos y de vuestro tribunal.»

El Mártir fué interrumpido por el juez, quien no pudiendo contener su ira, pronunció desordenadamente la siguiente sentencia: «Declaramos á Sinforiano culpable del crimen de lesa majestad divina y humana, ya por haberse negado á sacrificar á los dioses, ya por haber hablado de ellos con poco respeto; en reparacion de lo cual, le condenamos á morir al filo de la espada vencedora de los dioses y de las leyes.»

¹ Llamábanse *lictors* los que llevaban delante de los magistrados romanos la segur y los haces.

El Santo oyó pronunciar su sentencia con alegría, y al ser conducido al suplicio, su madre, venerable por su edad y por su virtud; le exhortaba desde el muro de la ciudad á morir como un verdadero soldado de Jesucristo: «Hijo mio, le gritaba, Sinforiano, hijo mio, acuérdate del Dios vivo; hijo mio, ten valor, mira el cielo, y considera al que allí reina; no temas una muerte que te guía á «la vida eterna.»

Fuera de la ciudad y cerca de una fuente que mana todavía, fué decapitado el santo Mártir; su sacrificio aconteció en el año 180 de Jesucristo.

El tirano, por cuya orden habian sufrido tan crueles tormentos Sinforiano y tantos otros mártires, murió en aquel mismo año; Dios le hirió lejos de sus amigos y parientes, cuando apenas contaba cincuenta y nueve años, cumpliéndose así aquellas palabras de la Escritura: «Los hombres malos y sanguinarios no verán la mitad de «sus días.» Al verificarse su muerte, el imperio romano, ébrio de sangre, cubierto desde los piés á la cabeza con la lepra del crimen, y amenazado por todas partes por las hordas del Norte, se hallaba ya conmovido en sus cimientos; la mano del Todopoderoso no tardó en reducirlo á polvo.

Á Marco Aurelio sucedió el infame Cómodo; bajo este Emperador, nuestros asuntos, dice Eusebio, se mantuvieron en un estado bastante tranquilo, y gracias á la misericordia de Dios, la Iglesia gozó de profunda paz por toda la tierra; sin embargo en este intervalo de tiempo se cuentan muchos mártires, entre otros san Apolonio, apologista de la Religion.

Durante los dos primeros siglos, la lucha de la sociedad antigua contra la nueva fué casi continua; mientras que las pasiones armadas perseguian á los cristianos, los filósofos atacaban el Cristianismo y trataban de desprestigiarlo á los ojos del pueblo, y finalmente gran número de herejes quisieron introducir la division en el rebaño. Á pesar de tantos obstáculos, el Cristianismo se estableció en todas las partes del mundo, en Roma, en Atenas, en Alejandría, en las Galias: el inmenso triunfo del Evangelio está atestiguado por todos los autores cristianos y por los mismos gentiles¹; y los cristianos, de que se encontraba atestado el imperio, no eran hombres crédulos ni ávidos de novedades, ni un populacho vil, supers-

¹ Epístola de Plinio; Luciano, *Dial. Peregr.*

ticioso y estúpido; eran personas de todos estados y condiciones, cuyo ingenio hacia temblar á los impostores que intentaban seducir al pueblo¹.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber establecido la Religion á pesar de todos los obstáculos, y por habernos manifestado con ello que es obra vuestra; dadnos la fe de los Mártires, á fin de que como ellos resistamos á todos los enemigos de nuestra salvacion.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero repetirme con frecuencia como los Mártires: Soy cristiano.

¹ S. Just. I Apol. c. 25.